

«*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*»

TOMO 2

El Sueño



Avner Gold



EDITORIAL BNEI SHOLEM

©editorial BNEI SHOLEM

Título del Original en Inglés
The Dream

by Avner Gold

Unico autorizado para la distribución
y comercialización en español

Editorial Bnei Sholem

©COPYRIGHT 2006

Todos los derechos reservados. No pueden reproducirse en forma alguna, partes de este libro, ni tampoco almacenarse o recuperarse información, en forma total o parcial en cualquier idioma (con excepción de citas breves en artículos de crítica o análisis), sin el consentimiento escrito del editor.

Se aplicarán estrictamente los derechos de autor.



EDITORIAL BNEI SHOLEM

Jean Jaures 737

Buenos Aires ARGENTINA

tel: 54 4961 8338 / linea USA 1718-618-4158

Whatsapp +549 11 5111 2925

editorial@bneisholem.com.ar

www.bneisholem.com.ar

ISBN: 987-9096-73-8

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Gold, Avner- El Sueño - 1a ed. - Buenos Aires : Bnei Sholem, 2005.
v. 1, 0 p.; 16 x 23 cm. - I. Judaísmo. I, trad. II. Título - CDD 296

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Contenidos



Prefacio a la versión castellana	iv
Nota del Editor	iv
1•La sombra negra.....	1
2•Elisha Ringel	18
3•Escala en Cracovia	33
4•Llegada a Pulichever	49
5•Efraím Surkis	63
6•Karol Triefak.....	77
7•La hora más negra	95
8•El ultimátum	117
9•Kalman Kalb.....	147
10•El brebaje del diablo.....	165
Glosario de términos.....	171

Nota del editor

Entre los primeros volúmenes de la popular «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*», El Sueño surgió un singular favorito entre los jóvenes lectores, para ser disfrutado tanto como un agradable libro, como para un guión de teatro, para obras de escuelas y colonias de vacaciones. Aún cuando no se han creado nuevos capítulos para esta revisada y ampliada edición, la trama y la personificación de los personajes, ha sido expandida y realzada significativamente. El “sueño” alrededor del cual gira el argumento, ha sido desarrollado mucho más elaboradamente, y se le han incorporado gran cantidad de elementos importantes.

Además, se ha encargado especialmente para esta edición un nuevo diseño de tapa, en un estilo coherente con los otros volúmenes de la «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*». A diferencia de la ilustración de tapa de la primera edición de “El Sueño”, que dibujaba algunas escenas del “sueño”, la nueva tapa retrata un pacífico cuadro de Pulichev, rodeado por escarpadas laderas sobre las orillas del río Gryzdna. Uno de los objetivos, fue darle al lector un “mapa” de Pulichev, que podría ser usado como referencia con todos los libros. Esto es de particular importancia en el “Año de la Espada”, el tercer volumen de la serie, donde el trazado de Pulichev juega un papel trascendente en la historia, y también un papel importante en “El anillo púrpura”, el sexto volumen de la serie.

Los demás cambios realizados a esta nueva edición, están relacionados con eliminar elementos y no con adicionar nuevos. En la primera edición, la primera parte del libro era esencialmente una recapitulación de la historia de “El hijo prometido” para brindar un marco de referencia a los lectores no familiarizados con la «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*». Desde entonces, sin embargo, la «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*» se ha convertido en un popular pilar de la literatura de calidad, destinada a jóvenes y no tan jóvenes lectores judíos; en consecuencia, se consideró que ya no era necesario incluir una recapitulación de la historia. La primera edición de “El sueño”, también describía el período de transición en la vida de Shloime Pulichever que siguió a los eventos culminantes de “El hijo prometido”. No se incluye esta descripción en esta nueva edición de “El sueño”, ya que ha sido incorporada a la revisada y expandida edición de “El hijo prometido”.

El marco histórico de “El sueño”, se encuadra en el Reino de Polonia, en el año 5405 (1645), una época de disturbios y levantamientos en la parte central del continente europeo. “La Guerra de los Treinta Años” continuaba arrastrándose desde el año 5378 (1618), y los estados alemanes se encontraban devastados. La guerra, que terminaría sin definiciones, de manera inconclusa con el Tratado de Westfalia en el año 5408 (1648) afianzó el poder de la Iglesia Católica y contuvo el avance de la Reforma Protestante. El renovado poder de la iglesia extendió las fronteras del Cristianismo, con la Orden de los Jesuitas como punta de lanza. Esto causó grandes problemas en Polonia,

un país devotamente católico con una inmensa población Ortodoxa Griega en Ucrania, su más preciada posesión. Cuando se acercaba el año 5408 (1648) la tensión entre los elementos católicos y los ortodoxos griegos se tornó casi insoportable.

Al mismo tiempo, germinaba en Polonia una semilla aún más desastrosa. Los nobles polacos que regían Ucrania adquirieron grandes extensiones de tierra por todo el territorio. Con frecuencia, poseían extensas propiedades que incluían cientos de aldeas y miles de siervos. Aunque absorbían toda su riqueza, los nobles polacos pasaban años sin visitar sus propiedades. Para poder administrar los territorios, estén o no presentes, los nobles requerían de personas educadas a quien subalquilar las propiedades. En muchas ocasiones, se trataba de judíos, que constituían el grueso de la clase media polaca. En consecuencia, en los ojos de los campesinos ucranianos, los judíos y los nobles eran socios y despreciados por igual.

En el año 5408 (1648) la situación llegó a un extremo, y los ucranianos descargaron su ira contra los nobles polacos, los sacerdotes católicos y los judíos, como se describe en “El año de la espada”, el tercer volumen de la serie.

En “El Sueño”, la pava todavía no llegó al hervor, pero se está calentando rápidamente como consecuencia de la expansión de las tensiones en Ucrania al resto del Reino de Polonia. A medida que se desarrolla la historia, la tensión se convierte en una angustiosa amenaza para la seguridad de la comunidad judía de Pulichev. La familia Pulichever

responde con coraje y fe en el Ribono Shel Olam (el Señor del mundo) y al final logra evitar el desastre.

Sin embargo, las volcánicas fuerzas de la destrucción continúan burbujeando bajo la superficie. En el próximo volumen de la serie, “El Año de la Espada”, estas fuerzas son liberadas.

CAPÍTULO I
La sombra negra





Shloime Pulichever caminaba por la orilla del Río Prosna, debajo de la pequeña aldea de Wielkowicz, sosteniendo en su mano una carta todavía cerrada. Se sentó sobre un tronco volteado y una vez más miró al sobre. Era de su padre, el famoso Rab Mendel Pulichever, Rab de Pulichev, de la Galicia oriental, una renombrada autoridad sobre la Tora. La carta había llegado temprano, pero Shloime esperó a tener un momento de soledad para abrirla. De reojo miro sobre su hombro, para asegurarse que se encontraba solo.

Wielcovicz se encontraba muy cerca. La aldea entera consistía de un pequeño grupo de casitas agrupadas al pie de una colina escarpada. Alto, en la cima, se encontraban las ruinas de un castillo medieval, con sus torres desmoronadas pintadas de rojo por los rayos del sol poniente. Al sur, se encontraba el estrecho valle a través del cual bajaba el

río, descendiendo de las verdes colinas. Al norte, se encontraba la ancha planicie a través de la cual el río hacía su calmo camino, hasta juntarse con el distante río Warta, que luego continuaba hasta Poznan. Aparentemente, todo estaba tranquilo.

Mi padre hizo una buena elección, pensó Shloime. Wielcovicz es sin duda un paraje hermoso y tranquilo, un lugar ideal para pensamientos y búsquedas personales.

Shloime se demoró unos momentos para saborear la anticipación un poco más, y procedió a abrir la carta. Mientras leía la pequeña y compacta escritura de su padre, frunció el ceño con preocupación. Su sentimiento de desazón crecía, mientras releía la carta varias veces. Algo andaba mal en su casa. Lo percibía.

Habían pasado casi dos años desde que Shloime había visto por última vez a su padre y madre. Por un instante, los pensamientos de Shloime se remontaron al largo y oscuro período de su temprana vida, cuando había sido separado de sus padres. A muy corta edad, había sido removido de su hogar, para ser criado en un monasterio, con el convencimiento de que se trataba de un huérfano de una familia campesina, y eventualmente llegó a ser obispo. Sus padres estaban desconsolados, y él siempre sintió un vacío y ansiedad inexplicable. Luego, hacía apenas tres años, había reencontrado a sus padres a la edad de treinta y uno, como consecuencia de un increíble giro de las circunstancias que truncaron un malvado plan contra los judíos de Cracovia.

Los pensamientos de Shloime se dirigieron hacia el pri-

mer año de su reencuentro con sus padres. Había sido de una felicidad completa, pero no había recuperado adecuadamente sus estudios sobre judaísmo. Las obligaciones de Rab Mendel eran sencillamente demasiado grandes como para permitirle dedicarse a su hijo con mayor atención. Una noche, Rab Mendel y la Rebetzn, se sentaron con Shloime y entre lágrimas le sugirieron que estudie dos años con el tío de su padre, Reb Iomtov Luria, un excepcional Talmid Jajam que vivía solo en una lejana aldea de Wielcovicz. Era una decisión difícil para todos.

Reb Iomtov era todo bondad. Se trataba de un hombre delicado, sin presunciones, con pocos intereses aparte de sus sefarim (libros), y estaba tan excitado de ver a Shloime, que no atinaba qué hacer primero. Había salido al encuentro de su huésped vestido en su desgastado caftan (saco largo) y su viejo sombrero negro, que a través de los años el polvo incrustado le había dado un color gris turbio. Aunque obviamente exaltado por la curiosidad sobre Shloime y su familia, no hizo ninguna pregunta. Alimentó al cansado viajero, y lo condujo a la habitación que compartirían.

Al día siguiente, Reb Iomtov llevó a Shloime a caminar por la orilla del río. Hablaron un poco sobre el pasado, y mucho sobre el futuro. Juntos, armaron un programa para los próximos dos años. Estudiaron un corto rato durante ese primer día; Reb Iomtov insistió que Shloime duerma temprano, y de esa manera descanse más. Esa noche, el sonido del llanto despertó a Shloime. A través de sus ojos semiabiertos, vio a Reb Iomtov sentado en el suelo en un rin-

cón de la habitación, recitando el Tikun Jatzot (lamentaciones de medianoche), y llorando por la destrucción del Templo, hace mas de 1500 años.

Reb Iomtov había demostrado ser un excelente maestro. Su conocimiento de Tora, y todo el judaísmo, era enciclopédico, y su paciencia no conocía límites. La responsabilidad que había asumido parecía haber destrabado un oculto reservorio de energía, que había revigorizado al anciano. Se dedico incansablemente a Shloime. Le hacía preguntas provocativas, y lo guiaba para que él mismo descubriera las respuestas. Con el tiempo, esto se convirtió en algo más fácil y más fructífero. Shloime estaba deslumbrado por la belleza y complejidad de la Tora, mientras se desplegaba ante sus ojos.

El tiempo había transcurrido rápidamente. Había muy pocas personas en Wielcovicz, y ninguna de ellas adecuadas para trabar una amistad lógica, pero esto no preocupaba a Shloime. Todas sus horas despierto las pasaba en la compañía de Reb Iomtov, y nunca se cansaba de esto. Aun en conversaciones cotidianas, la aguda percepción e interesantes comentarios, siempre lo deleitaban. A veces Shloime sentía que había sido enviado a Wielcovicz para aprender algo más que las palabras escritas de la Tora.

Durante todo este período, el único contacto de Shloime con sus padres era a través del intercambio de correspondencia. Reb Mendel estaba invariablemente interesado en su progreso, y ofrecía pensamientos personales referentes a la Guemara que Shloime estaba estudiando en ese momen-

to; su madre siempre preguntaba por su salud y comodidad. Los dos le escribían que esperaban con ansiedad el día que retornaría y se establecería allí para llevar una productiva vida judía. Shloime releía las cartas de su hogar muchas veces.

Sin embargo, esta última carta era diferente a todas las demás. Shloime la leía una y otra vez tratando de percibir cuáles eran los pensamientos de su padre. Es verdad, aunque las preguntas eran básicamente las mismas, el tono era indudablemente diferente. No tenía entusiasmo, vitalidad; era prácticamente mecánica. ¿Porque no había escrito también su madre? ¿Qué estaba pasando en Pulichev?

Un leve toque en su hombro lo sorprendió y despertó de su vigilia. Levantó la mirada y se encontró con el amable rostro del Reb Iomtov. Se puso de pie de inmediato.

—¿No escuchaste que te llamaba?

Shloime sacudió la cabeza.

—Lamento no haberte escuchado. Mis pensamientos se encontraban muy lejos.

—¿En qué estás pensando, Shloime? Pareces preocupado.

Shloime golpeó suavemente la carta sobre su mano.

—Se trata de esta carta de mi padre.

—¡Ribono Shel Olam!— exclamó Reb Iomtov, aferrando su corazón—. ¿Qué aconteció en Pulichev? ¿Qué desgracia ha caído sobre nosotros?

—Oh, probablemente no sea nada—, dijo Shloime rápida-

mente para reconfortarlo—. Mi padre no menciona nada fuera de lo común en la carta. Es sólo que su lectura me provocó un sentimiento de desazón, como si la mente de mi padre estuviera distraída por una profunda preocupación mientras escribía.

—Estoy seguro que no es nada, querido Shloimele— dijo Reb Iomtov, obviamente aliviado—. Posiblemente estaba ocupado por un difícil problema halájico.

—¿Pero por qué no me escribió mi madre?

Reb Iomtov se encogió de hombros.

—Posiblemente haya una sencilla explicación también para eso. El cartero probablemente llegó cuando tu madre no estaba en la casa, y tu padre estaba ocupado con otras cosas. Para no perder la oportunidad, tu padre se apresuró a escribirte, sin el cuidado adecuado. Ya verás, la próxima carta será mucho más alegre.

—Espero que tengas razón,—dijo Shloime.

—Ya veras, Shloime, no hay razón para preocuparse,— dijo Reb Iomtov, y se puso de pie—. Ven, entremos a la casa. Prepararé té. ¿Cómo te suena eso?

Shloime sonrió, y también se incorporó.

—Suena muy bien— dijo, —pero seré yo quien prepare el té.

—Sabes Shloime,— dijo Reb Iomtov mientras caminaban hacia la casa. Me haces acordar mucho a mi cuñado, Reb Shloime Pulichever, el padre de tu padre, y del cual has recibido tu nombre. Siempre te preocupas mucho. Mi esposa, que tenga un “Lijlike Gan Eden” (iluminado pasar en

el paraíso), me decía que el también era así, aun cuando niño. Créeme Shloime que no es bueno. Es mucho mejor no preocuparse. Ven, estudiemos por unas horas algo nuevo. Eso tranquilizará tu mente.

Efectivamente, las horas de estudio pacificaron la mente de Shloime, pero apenas se acostó, retornaron sus preocupaciones anteriores. Por un largo rato permaneció recostado quietamente en la silenciosa oscuridad. Luego, se sumergió en un sueño intranquilo, y comenzó a soñar.

Soñó que se había acercado a Reb Iomtov y le decía que volvía a su casa. Sus padres lo necesitaban. De todas maneras, había quedado en permanecer dos años, y éste tiempo prácticamente había transcurrido. Pero Reb Iomtov no cooperaba. Le estás dando demasiada importancia a una carta, le dijo. Espera un tiempo, insistió. Pero Shloime se negó, comenzó a irse. Reb Iomtov lo tomó del brazo, y no lo soltaba. Finalmente, Shloime logró zafar de su brazo, y escapó hacia las colinas.

Corrió trastabillando por las arboladas colinas, chocando contra los árboles que se erguían frente a él y gritando mientras corría,— ¡Madre!; Padre!

El eco de su voz retornaba a través de las montañas, como burlándolo.

—¡Ribono Shel Olam!— exclamó al tope de su voz.— ¡Ayúdénme! Por favor ayudénme!

Cayo la oscuridad, pero Shloime no cesó de correr. Sus piernas le dolían por la fatiga inaguantable, pero continuó

corriendo hasta que no pudo más. Exhausto, se sentó al pie de un árbol y trató de dormir, pero el sueño le esquivaba.

Las altas y oscuras formas que lo rodeaban indicaban que estaba en un bosque. Al poco rato, la noche se torno fría, y empezó a temblar. Un viento helado comenzó a gemir a través de los fantasmales árboles, y sacudía sus hojas invisibles. El gemido se tornaba más y más fuerte, hasta que un horrible terror se aferró al tembloroso corazón de Shloime. Tapó sus oídos para aislar al horrible gemido, y rezó para que llegue rápido la mañana. Después de un largo tiempo, sacó sus manos de sus oídos. El gemido había cesado. En su lugar, descendió sobre el bosque un silencio mortal.

Shloime nunca había experimentado un silencio como éste, en toda su vida. Era total y absoluto, como si todo el mundo había dejado de existir o como si se hubiese vuelto totalmente sordo. No existía el sonido del viento, o de los animales del bosque o movimiento de ningún tipo. Con excepción de un solo sonido. El sonido de su corazón latiendo fuertemente en su pecho.

Shloime trato de tranquilizarse, pero no lo logró. El latido de su corazón se tornó más y más fuerte hasta que pareció llenar todo el bosque. Intentó cubrirse los oídos para eliminar el horrible sonido de los latidos, pero sin éxito. Los sonidos surgían de su interior.

Shloime no pudo soportar más, y un penetrante grito escapó de sus labios. Instantáneamente cesaron los horribles ruidos, y retornaron los tranquilos sonidos del bosque. Respiró profundamente y cerró los ojos. Una poderosa

somnolencia se apoderó de él, y permitió que el misericordioso sueño lo vengza.

Repentinamente, sintió que no estaba sólo. En un instante se disipó toda la modorra. Se sentó, y observó dentro del oscuro bosque, pero no vio nada. De pronto escuchó a su derecha un suave sonido como de raspado. Giró, y se agazapó.

A una cierta distancia, apareció una forma amorfa. No se distinguía ninguno de sus caracteres, excepto por un par de brillantes ojos color ámbar. Shloime permaneció inmóvil, paralizado por el miedo.

–¿Qué eres? ¿pregunto?

–¿Que quieres en este bosque? –contestó una voz hueca.

–¿Por qué has interrumpido mi sueño?

–¿Quién eres?–, pregunto Shloime.–¿Que eres?

–Es mejor que no lo sepas. ¿Cuál es tu nombre?

–Shloime Pulichever.

–¿Por qué estás corriendo a través de este bosque?

–Lamento mucho haber molestado tu sueño. Estoy en camino a mi casa, en Pulichev. Presiento que algo está mal, y debo acudir a mi casa.

–Pulichev queda muy lejos. A pie, aun corriendo, te llevará muchas semanas arribar.

–Debo ir. Debo ir. Es muy importante.

–¿Y que harás cuando llegues?

–No se. Algo haré.

–Cuídate del corto, Shloime Pulichever.

–¿Qué quieres decir?

–Solamente lo que estoy diciendo. Cuídate del corto. Recuerda lo que te estoy diciendo. Un día lo entenderás.

–¿Qué ésta ocurriendo en Pulichev? Parece que lo sabes. Debo saberlo. Es muy importante.

–Ve a dormir ahora, Shloime Pulichever. Puedes dormir en paz. A la mañana, puedes continuar tu carrera. Recuerda lo que te he dicho.

–Pero qué—. No pudo completar la frase. La oscura forma había desaparecido.

Shloime cerró sus ojos una vez mas, y cayó en un raro y extramundano sueño. Después de lo que pareció ser solamente un instante, abrió los ojos y ya había amanecido.

Inmediatamente, reanudó su carrera, pero inexplicablemente, estaba corriendo con más velocidad que el más rápido de los ciervos. Saltaba de colina en colina, y sobre las montañas, y atravesaba los bosques como si fuera una flecha.

Al mediodía, trepó hasta la cima de la ultima colina, y en el valle debajo se divisaba Pulichev. Se detuvo para recuperar el aliento e inspeccionar la escena. Pulichev tenia la apariencia hermosa y apacible de siempre. ¿Se había equivocado?

¿En realidad, estaba todo en orden? ¿Había sido solo el producto de su imaginación?

De improviso, una enorme sombra negra se desprendió de la cara de la colina, y comenzó a dirigirse hacia el valle. Envuelta y encapuchada en un manto negro y volando sobre los árboles, la gigantesca figura planeó silenciosamente colina abajo hacia Pulichev. El corazón de Shloime latía violentamente, mientras corría a los gritos por el tortuoso camino hacia Pulichev. Agitaba furiosamente sus brazos y alertaba a la gente a los gritos. Nadie le prestaba ninguna atención; era como si no estuviera. Intentó asir a algunos por sus solapas, pero se deslizaban de sus dedos.

La gigantesca figura ya había ingresado a Pulichev, y se encontraba caminando justo por el medio de la calle principal. Las personas deambulando por la calle, no parecían percibir nada extraño. Pero sí, deben haber sentido algo, ya que todos instintivamente se apartaban para dar lugar a que pase.

Frenético por la desesperación, Shloime se abalanzó sobre el gigante, pero éste se lo quitó de encima como si fuera una insignificante mosca. Shloime logró incorporarse justo a tiempo para ver a la sombra negra torcer la esquina hacia la calle donde vivían Reb Mendel y la Rebetzn. Con un grito de ira, Shloime emprendió la persecución. Logró alcanzarla cerca de la casa del Reb Mendel. Curiosamente, la sombra negra se detuvo, y estaba observando cuidadosamente la casa. A Shloime no se le ocurría lo que hacer, así que él también se detuvo a esperar a ver qué pasaba. La sombra negra miró fugazmente a Shloime y su atención retornó a la casa.